

Al filo de la navaja

Una vida como reportero de guerra

ALFONSO ROJO LÓPEZ

A LA CONQUISTA DEL MUNDO

1

La figura de mi madre, levemente inclinada sobre la barandilla blanca de la terraza, fue lo último que vi cuando abandoné la casa familiar para descubrir el mundo. Permaneció en silencio, muda, agitando la mano en un gesto que era más una bendición que una despedida.

Al final de la cuesta, donde está el cartel que pone Molinaseca, miré hacia atrás y seguía allí, enmarcada por la dorada luz del atardecer. Después pasé la escuela del pueblo, doblé la curva, apreté el acelerador del traqueteante Seat 600 y cerré para siempre esa parte de mi vida.

Hacía calor y partí con la impresión de que era el momento ideal para buscar aventuras. Era un día de septiembre de 1978.

Tras cuarenta y un años de abstinencia electoral, los españoles habían podido elegir de nuevo a sus representantes políticos. Hacía apenas un año que la UCD de Adolfo Suárez se había impuesto por primera vez al PSOE de Felipe González, y veteranos como Manuel Fraga, Santiago Carrillo, Tierno Galván y Josep Tarradellas seguían siendo las figuras más descollantes del firmamento político.

Yo tenía veinticinco años, conservaba cierto aire adolescente y mucha blandura en el alma, pero en mi interior alimentaba ya una confianza ciega en mi buena fortuna.

Llevaba conmigo un par de botas Timberland, dos cámaras fotográficas, tres objetivos Nikon, un saco de dormir, cuatro camisas de algodón, una cazadora de cuero, una máquina de escribir portátil, una radio de onda corta y el talón

por valor de cien mil pesetas que mi madre había deslizado en mi bolsillo en el momento de la despedida.

Me sentía eufórico. Era libre y tenía el destino en mis manos. Estaba impulsado por las mismas fuerzas que durante siglos han empujado a millones de jóvenes a evadirse y ni siquiera se me pasó por la cabeza que miles de aspirantes a reportero de guerra habían recorrido esa senda antes que yo.



El primer empleo

El 27 de agosto de 1792, el *Times* de Londres publicó el siguiente anuncio:

«Se necesita inmediatamente caballero capaz de traducir el idioma francés. Para evitar problemas, debe dominar perfectamente el inglés, tener cierto conocimiento de la situación política de Europa y ser competente.

Su empleo será permanente y ocupará una considerable porción de su atención, para lo que se le asignará un salario adecuado. Las solicitudes deben enviarse a la redacción de este periódico entre las cinco y las seis de esta tarde o mañana por la mañana entre las once y las doce».

Hacia tres años que el populacho parisino había asaltado la Bastilla y faltaban exactamente un año y cincuenta días para que la cuchilla de la guillotina cercenara la delicada cabeza de la reina María Antonieta.

La Revolución Francesa consumía los módicos recursos de los editores británicos y John Walter I, el comerciante de carbones que había fundado *The Times* en 1785, llegó a la conclusión de que un enviado especial sobre el terreno le ahorraría buena parte de los costes.

Hasta entonces, casi todas las notas procedían de artículos publicados previamente en Francia, pero la creciente turbulencia social y la proliferación de incidentes bélicos al otro lado del canal de la Mancha, tan cerca de Londres, estimulaban la curiosidad de los ingleses. Y las posibilidades de negocio.

Los lectores dejaron de conformarse con la propaganda habitual, exigieron verdadera información y a los diarios británicos de la época –*The Times*, *The Sun*, *The Morning Chronicle*, *The True Briton*, *The Oracle*...– no les quedó otro remedio que actuar para satisfacer esa demanda. Fue así como cada gaceta comenzó a crear su propia red de corresponsales, mensajeros y traductores y *The Times* inició su ascensión hacia la cumbre.

Mi ingreso en la restringida cofradía de los periodistas profesionales también ocurrió en un momento de vertiginoso cambio e igualmente gracias a un anuncio. En la Universidad de Santiago de Compostela, mientras estudiaba la carrera de Derecho, había colado en el *Ideal Gallego* un par de artículos.

Más adelante hice un mes de prácticas en un informativo de Televisión Española, pero en el verano de 1976 me consagraba a jugar al tenis y a rematar cansinamente el Derecho Mercantil y el Administrativo, las dos asignaturas que me quedaban pendientes en la Facultad de Derecho.

Hacía escasamente un año que había fallecido en su cama el Generalísimo Francisco Franco, la transición democrática iba viento en popa y Adolfo Suárez dominaba la escena política. El diario *El País*, que había nacido el 31 de

marzo, progresaba a pasos agigantados, el semanario *Cambio 16* disfrutaba de una hegemonía innegable y se proyectaba el lanzamiento de nuevos periódicos. En contraste con la agitación de los círculos políticos, la capital de España languidecía bajo una ola de calor.

Con otros tres estudiantes de provincias, compañeros de fatigas en Ciencias de la Información, habíamos transformado un descalabrado piso del borde del barrio de Salamanca en una jaranera comuna zamorana donde se compartía casi todo, nadie limpiaba y era quimérico estudiar.

Una tarde, cuando estábamos debatiendo arduamente si era preferible refugiarse en el aire acondicionado de un cine o montar una expedición a los colegios mayores –que en verano albergaban a cientos de despistadas alumnas norteamericanas–, apareció un conocido aseverando que Juan Tomás de Salas, el dueño de *Cambio 16*, iba a poner en marcha un periódico. En la cabecera llevaría las palabras «*Diario 16*» y estaban buscando gente.

Con esa osadía que da la ignorancia, uno llamado Juan de Dios y yo decidimos ir a ofrecernos. Él como fotógrafo, porque en Navidades le habían regalado una cámara, y yo, que paseaba regularmente bajo el brazo un ejemplar de *Le Monde Diplomatique*, chapurreaba el inglés y había leído *As I walked out one Midsummer Morning* de Laurie Lee, como supuesto experto en política internacional.

Aterrizamos boquiabiertos en la redacción, nos quedamos extasiados con el físico de alguna secretaria, miramos con envidia a los que pululaban por allí con aspecto de sabios, facilitamos nuestros nombres, dejamos el número de teléfono del piso y partimos al cine convencidos de que no teníamos la menor posibilidad de ser contratados. Una semana después una voz femenina dejó el recado de que telefoneaba de parte de *Diario 16*.

Como no sabíamos qué querían exactamente, vibrando de emoción nos presentamos los dos y descubrimos que necesitaban un pinche para el laboratorio de fotografía. Ofrecían un contrato temporal de tres meses y veinticinco mil pesetas de sueldo.

Desde los nueve años de edad, cuando vi en el internado alemán cercano a Aquisgrán una película de Alfred Hitchcock titulada *Foreign Correspondent* –en la que el protagonista iba ataviado con una gabardina cruzada, llevaba en la sobaquera una pistola *Luger* y besaba hasta hartarse a una espectacular rubia– siempre di por supuesto que el Periodismo era una profesión creada por Dios para mí. Quería ser como Joel McCrea, que en la ficción desarticulaba una red de espionaje nazi, sobrevivía a un accidente de avión y conquistaba el corazón de Laraine Day.

La palabra «reportaje» era para mí sinónimo de «hazaña» y el hercúleo Miguel de la Quadra Salcedo –cuya pista por el Amazonas había seguido siendo niño en las páginas dominicales a todo color del suplemento del diario– ya era en mi mente infantil el equivalente de lo que hoy representa Indiana Jones para millones de muchachos.

Con el tiempo, esas aficiones no hicieron más que acrecentarse. Como les sucede a algunos de los que no van por la vida en pantalones bermudas, los viajes ordinarios y las vacaciones organizadas siempre me han aburrido un poco.

La violencia humana es uno de los rasgos principales de este planeta. Es asombrosa la capacidad que tenemos los hombres para crear conflictos y convertir lo que podría ser un lugar bucólico y levemente tedioso en un infierno, buena parte de cuyos residentes subsisten marcados por el horror, las náuseas y el miedo.

En consecuencia, desde el inicio tuve claro que sería un despilfarro renunciar a echar una ojeada a esos embrollos que pueden hacer de la Tierra un lugar tan asqueroso, y además te pagaban por hacerlo.

En el anuncio del *Times* se requería un caballero que dominase perfectamente el inglés, tradujera el francés, fuera competente y tuviera cierto conocimiento de la situación política.

Los de *Diario 16* no exigían dominar perfectamente cosa alguna, así que no lo pensé dos veces y dije que aceptaba la oferta. Como mi amigo también la quería, tuvimos que dirimir la cuestión tirando una moneda al aire. Gané yo.



La fortuna ayuda a los audaces... también en esto

Diario 16 salió por primera vez a la calle el 18 de octubre de 1976. Como la fortuna ayuda a los audaces, a las pocas semanas circulaba yo en Vespino por la calle Serrano de Madrid con la cámara en bandolera, en el preciso instante en que una bomba plantada por los saharauis del Frente Polisario reventaba junto a la fachada de la embajada de Marruecos.

Frené en seco y oprimí el disparador como un poseso, haciendo esfuerzos para contener la tos que me provocaba la humareda. Fue la primera vez que mi nombre –aunque en caracteres diminutos– lució en la primera página de un diario.

Recién llegado al periódico, fresco, entusiasta, con las algaradas de la Universidad Complutense todavía recientes y una dilatada experiencia en trotar delante de los antidisturbios, me brindaba encantado a cubrir manifestaciones, mítines ultraderechistas, cargas policiales y protestas callejeras. Los fotógrafos veteranos tendían a eludir esos eventos en los que había elevadas probabilidades de recibir una tanda de porrazos o un seco puñetazo en los morros, y eso me permitió ir cultivando cierta fama de intrépido.

Una noche, en plena Gran Vía madrileña y a golpe de flash, capté el momento en que unos musculosos agentes del orden ponían como un *ecce homo* a Manolo Guedán, dirigente de la minoritaria y desquiciada Organización Revolucionaria de Trabajadores.

La ORT había convocado una manifestación en el centro de la capital y el pro chino Guedán había tenido la osadía de comparecer a bordo de un Dyane 6, retirar la capota de lona del vehículo y asomar medio cuerpo por el hueco.

Armado de un megáfono, prorrumpió en una fogosa arenga instando a la ciudadanía a no participar en el inmi-

nente referéndum constitucional. Sus copiosos cardenales me valieron para obtener un puesto fijo en la plantilla de *Diario 16* y una recatada subida salarial.

Era un momento arrebatador en el que todos, desde los que optaron por la política hasta los que elegimos Periodismo pasando por los que escogieron la Enseñanza o los Negocios, hicimos carrera.

Mi primer verdadero *scoop* saltó unos meses después, cuando ya llevaba medio año largo en *Diario 16* y tuvieron la idea de enviarme de fotógrafo acompañando a Manolo Soriano a seguir la campaña de Manuel Fraga en tierras gallegas. Fue en Lugo, un 7 de mayo.

A falta de Fuerzas de Orden Público, ese día y personalmente, el ex-ministro de Información y Turismo de Franco desalojó casi la mitad del pabellón de Deportes y puso en fuga a centenares de alborotadores, que no cesaban de increparlo durante un mitin organizado por la ya extinta Alianza Popular.

Al recinto habían acudido unas 3.000 personas, y desde el principio del acto los distintos oradores fueron interrumpidos continuamente por monumentales broncas, sazonadas con música de silbato, tambor y chapa, al grito reiterado de: «¡Que salga el toro! ¡Que salga el toro! ¡Que salga el toro!»

Y salió. Presentado como «excelentísimo señor Fraga», tomó la palabra, pero ni había llegado al micrófono y trataba de hacerse oír, cuando su voz se vio opacada por un abucheo feroz: «¡Justicia Popular, Fraga asesino!»

La reacción del Secretario General de AP fue inicialmente cortés: «Deben saber que cada grito que dan son más votos para AP». Gran bronca. Fraga, micrófono en mano, serio, casi desconcertado, insistió: «Quiero decirles que se den las muestras de desagrado para el final o tendremos que ir a por vosotros».

Todos los periodistas estábamos en la zona del fondo, separados de la tribuna por medio centenar de filas de sillas de tijera ocupadas por público de mediana edad y aspecto inocuo.

Tuve una corazonada. Intuí que Fraga iba en serio, puse el botón de la velocidad a 1/250 de segundo porque imprevisiblemente no tenía puesto el flash, abrí el obturador al máximo y me precipité como una flecha hacia el estrado. En el instante en que llegaba a la primera fila, el líder derechista empezaba a despojarse teatralmente de la chaqueta.

Después, con voz de trueno, lanzó un estentóreo «¡Vamos a por ellos!», descendió con ampulosos pisotones, y se encaminó a grandes zancadas hacia el graderío de la izquierda.

Ni uno solo de sus partidarios lo siguió, si se exceptúa al policía de escolta que baluceaba asustado, «Don Manuel, que se pierde», y a tres muchachos cuya única intención parecía ser arroparlo.

Los quinientos alborotadores de la grada debieron sufrir una alucinación colectiva, porque en menos de medio minuto huyeron en desbandada. En su fuga bloquearon el paso y atropellaron a los fotógrafos que intentaban aproximarse. Del incidente solo hubo una secuencia de cuatro fotografías válidas, y los cuatro estaban en mi cámara Nikon F2.

Una de las imágenes, la que se publicó a cinco columnas en primera página de *Diario 16* el 9 de mayo de 1977 y compró la revista alemana *Stern*, me permitió ganar posteriormente un premio de fotografía que, además del diploma, incluía un buen fajo de billetes de banco.

Al cambio actual y en euros, suena a miseria porque serían unos 600 euros, pero en la España de finales de los 70, la del Seat 600, las cabinas con teléfonos de fichas, las carreteras sinuosas, los váteres apestosos, el aceite a granel y los viajes en tren eternos, 100.000 pesetas eran una fortuna.

Fue mi primer y verdadero golpe de suerte y un impulso decisivo a mi carrera.

En cualquier caso hay que subrayar que, además de carrera, algunos hicimos en aquellas fecha amigos magníficos: Étienne Montes, Chris Lafaille, Enrique Cano, Leo Gabriel... y algunos otros, entre ellos varios caídos en acción.

Había expectación colectiva, la gente quería saber, existía una desbordante ilusión y, al igual que en la época en que el *Times* publicó su primera oferta de empleo, todo cambiaba.



EL FACTOR HUMANO

2

Poco después de que apareciera el anuncio del *Times* ofreciendo un empleo profesional a un «caballero con idiomas», la meteórica escalada de Napoleón Bonaparte y la conmoción generada por sus triunfos militares intensificaron la alarma del público británico y el ansia de noticias.

Como ocurriera durante la transición española, la competencia se hizo feroz y los corresponsales –igual que en la actualidad– empezaron a arrancarse mutuamente la piel y a dejarse las pestañas o la salud en un intento enfermizo por ser los primeros en llegar a los sitios y publicar un suceso relevante antes que los demás.